

Artículo publicado en Morillas, Enriqueta (ed.) (2005) *InSURgentes*, I Jornadas de Literatura Argentina en la Patagonia (Neuquén: Editorial Limón), pp. 35-40.

Homenaje a Irma Cuña

De Príncipes y principejos

Por Fernando Lizárraga

Con Irma Cuña teníamos un pacto explícito: no hablar de poesía. Yo no leo poesía, no la entiendo. Por eso temo no haber comprendido jamás a Irma Cuña, poeta. Eso sí; hablábamos de política y de economía, cosas mucho más pedestres y al alcance del común de los mortales. De vez en cuando, para despuntar el vicio, Irma condimentaba las charlas con algún verso que se sabía de memoria, como para recordarme que -en definitiva- la poesía está más allá de los pactos y de las convenciones. Voy a rememorar algunos episodios que ilustran la relación de Irma Cuña con la política y con los políticos. No puedo -no creo que sea posible- reconstruir el “pensamiento político” de Irma Cuña. Pero vale la pena, por lo menos, esbozar el lugar de Irma en la política local, y su relación con el poder. Para un artista, el vínculo con los poderosos de turno siempre es complicado, angustiante, plagado de contradicciones.

Un episodio que Irma narraba con insuperable humor e ironía nos permite valorar cuán lejos y cuán cerca estaba del mundo de las luchas políticas. Corría el mes de octubre de 1997. Rodolfo Casamiquela ofrecía una conferencia sobre lengua y costumbres tehuelches en la sala Emilio Saracco. Irma y algunas de sus amigas estaban allí. A pocas cuadras, una enorme manifestación de trabajadores estatales y desocupados rodeaba la Legislatura provincial. La policía del gobierno de Felipe Sapag no tardó en desencadenar una furiosa represión. La linda tarde de primavera se convirtió en el “jueves negro”. Hubo varios de heridos, decenas de arrestos ilegales, saqueos. Irma contaba que, mientras Casamiquela pronunciaba remotas voces tehuelches y movía el cuerpo como un *choique* irritado, en la sala de conferencias retumbaban explosiones y gritos. Irma pensó que era un festejo futbolero. Casamiquela siguió con su ritual hasta el fin. Cuando Irma ganó la calle observó un espectáculo increíble. La ciudad era un campo de batalla; los gases lacrimógenos y el humo de las gomas de los piquetes impregnaban el aire. Entre sorprendida y temerosa no pudo reprimir una carcajada. Se

preguntaba qué diablos estaba haciendo en una conferencia antropológica mientras el mundo parecía venirse abajo a su alrededor. Nunca había estado a la vez tan lejos y tan cerca de la historia. La carcajada ocultaba mal el desgarró que la atormentaba. Por suerte, allí estaba su Príncipe para consolarla.

Irma no fue indigenista, al menos no lo fue en el sentido político de la palabra. Tampoco fue muy amiga de las modas “culturalistas” que tanto daño le han hecho al pensamiento crítico. Sin embargo, no pudo eludir la marca indígena de América. Estaba enamorada de su Príncipe. La visión del guerrero maya era una premonición que sólo podía ser cifrada en versos enigmáticos. Quedaba para la historia el difícil trabajo de interpretar el acertijo. *El Príncipe* de Irma Cuña no es *El Príncipe* de Maquiavelo. Pero el espectro de un príncipe siempre evoca el poder, lo político. Insisto, nunca leí poesía. No leí *El Príncipe* de Irma Cuña. Conozco su relato, conozco varias versiones de esta hierofanía íntima. Alguna vez, nos entretuvimos con la idea de que El Príncipe anticipaba, de algún modo, el resurgimiento indígena mexicano. Incluso nos preguntamos si, acaso, el Príncipe podría ser una metáfora de Marcos, quien también es una metáfora políticamente invencible. Irma siguió con fruición el desarrollo de las luchas zapatistas. Comprendió así que su poesía era, en cierta forma, política. Un Príncipe-poder indígena instalado en el reino de la imaginación utópica, de las utopías posibles y realizables, recupera la dimensión de una América indígena, la tan olvidada Indoamérica de la que hablan alguna vez, entre otros, Raúl Haya de la Torre, el Che Guevara, y ahora, el subcomandante Marcos¹. Así, el Príncipe le daba cierto sentido político a las preocupaciones filológicas y poéticas de Irma Cuña. El Príncipe presidía sus luchas por recuperar, ordenar, traducir e interpretar la libretas de Juan Beningar. El Príncipe moraba en el lenguaje oculto que pronunciaba Casamiquela y, al mismo tiempo, estaba en las calles de Neuquén blandiendo sus lanzas con punta de obsidiana.

Por desgracia, la nobleza del Príncipe indígena no es moneda corriente entre los modernos principejos locales. Para Irma Cuña, la serena felicidad que le producía el recuerdo del noble maya era, también, un buen consuelo frente al maltrato, la humillación y el ninguneo que los poderosos de Neuquén le prodigaban. He aquí el

¹ Sobre la idea de Indoamérica como categoría política en Haya de la Torre, véase Kohan, Néstor (2003) *Ernesto Che Guevara. Otro Mundo es Posible*, La Rosa Blindada-Nuestra América, Buenos Aires, p.216-217. Para el caso del Che Guevara, véase Ariet García, María del Carmen (2003) *El pensamiento político de Ernesto Che Guevara*, Ocean Press, Melbourne-La Habana, p. 52-53.

costado más triste e indignante de la relación de Irma con el mundillo de los políticos profesionales. Debo decirlo sin rodeos. Muchos políticos neuquinos usaron a Irma, usaron su prestigio, quisieron revestirla de bronce para que se callara, para que se prestara quieta a los ritos fundacionales de una provincia que se afana por inventar próceres. Si no recuerdo mal, fue el actual vicegobernador, Federico Brollo, quien alguna vez la convocó para que corrigiera el estilo literario de las leyes sancionadas por la Legislatura Provincial. Irma se sintió halagada, le pareció una muy buena idea. Las leyes, pensaba Irma, no sólo deben ser justas y eficaces, sino que deben ser bellas. El encanto duró poco, algo normal en un mundo que desde hace rato está desencantado. La mediocridad de los hacedores de leyes fue un obstáculo insuperable para Irma. Sus mejores esfuerzos cayeron en saco roto, cuando no le valieron poco cortesés reprimendas. La casa de las leyes no toleraba la presencia y la voz de una poeta.

Se fue de la Legislatura en silencio, un silencio que en privado se reprochó muchas veces. Como muchísimos otros en nuestra provincia, Irma Cuña se sentía rehén del implacable aparato clientelar del partido dominante. El cliente es una víctima, agobiada por las amenazas de los amos. A fines de 1999, Irma sufrió una de las peores humillaciones de su vida. Un hombrecito muy poderoso, que algunos suelen tomar por culto y refinado, le espetó sin rodeos el infamante calificativo de “ñoqui”. El dolor de Irma fue indecible. Recién se iniciaba el gobierno de la Alianza a nivel nacional y en Neuquén volvía al gobierno el MPN Blanco, acaudillado por Jorge Sobisch. La Argentina llevaba ya dos años de implacable recesión, y las arcas provinciales estaban exhaustas –entre otras cosas- porque el petróleo valía muy poco. Como de costumbre, el gobierno ajustó sus cuentas con los trabajadores. Hubo despidos y cesantías. A Irma Cuña la echaron de la Legislatura y debió refugiarse en esta Universidad, donde tampoco se sentía del todo bienvenida.

Un ciclo se cerraba. Irma Cuña ya no trabajaba para la Provincia del Neuquén. Los hombres fuertes del Estado neuquino no la querían en su mundo gris. Recuerdo que, desde ese momento, comenzó a renegar aún más amargamente de su poema “Neuquina”. Sabía que sus versos ya eran parte del canon del chauvinismo oficial. Se le erizaban los pelos al imaginarse puesta en el panteón de los ficticios próceres del Estado, junto a Gregorio Alvarez y Marcelo Berbel. “Neuquina” cumplía la ominosa función de crear una “identidad” parroquial, un localismo retrógrado, conservador, con

inocultables tonos xenofóbicos. Su poema era como aquella sogá con que, en su infancia, la ataban a un álamo para que el viento no se la llevara volando. Irma sabía muy bien que el lugar de nacimiento es obra del azar, que no merece recompensa alguna, que no puede ser invocado para justificar diferencias entre personas. Irma no era neuquina por haber nacido en Neuquén, era neuquina por haber elegido vivir y morir en Neuquén.

No me gustan las imágenes del poeta pobre, enfermo y desvalido. Prefiero ver a los poetas en bacanales y banquetes. La pobreza no es buena compañera de la poesía ni de nada. Lamentablemente, Irma Cuña vivió la pobreza en carne propia. En los últimos años intentó comprenderla un poco mejor. Volvió a leer los escritos económicos de su entrañable Enrique Silberstein. Se sentía un poco perpleja porque podía entender a Silberstein; pero no podía entender a los economistas de hoy. Silberstein escribía para ser comprendido, los economistas de ahora escriben para que nadie los entienda. Hay honrosas excepciones, por supuesto. Irma no se perdía un solo episodio de “El Baúl de Manuel”, en *Página 12*. Allí encontraba el tono que le era tan familiar, el tono de los economistas políticos y no el de los contadores, econometristas, y falsos profetas del mercado. También buscaba claves para descifrar el mundo y su mundo en las páginas de *El Dipló*. La economía explicada por los Calcagno tenía sentido: no era un saber oculto. Irma quiso reeditar los trabajos de Silberstein y publicar algunos manuscritos aún inéditos. No tuvo tiempo, ni fuerzas, ni ayuda suficiente. Después de todo, a quién le interesaban los trabajos de un lejano economista marxista que hablaba en lunfardo para explicar por qué subía el precio de pan, si lo que ahora importa es saber cómo la vida cambia cada vez que suben o bajan los contratos a futuro, los bonos del Tesoro, las opciones y el índice Nasdaq. Parafraseando a Ernest Mandel, puede decirse que Irma, de la mano de Silberstein, no se conformaba con saber cómo corre Juan, sino que quería saber qué es lo que hace que Juan pueda correr². A Irma le interesaba la economía política, no la crematística vulgar.

¿Cuál era la ideología de Irma Cuña? La pregunta es necesaria, la respuesta harto difícil. Quizá haya sido una de las últimas socialistas utópicas. Lo digo con enorme respeto, porque no quiero dejarme arrastrar por la confusión de algunos socialistas científicos

² Véase Mandel Ernest (1990) “Introduction”, en Marx, Karl *Capital. Volume 1*, Penguin Classics, London, p. 39.

que, habiendo leído mal a los clásicos, creen que su ciencia es una refutación antes que una continuación del pensamiento utópico. El tiempo impidió que Irma Cuña terminara el recorrido de la pura utopía a la ciencia y de la ciencia a la utopía posible, deseable y realizable, como Adolfo Sánchez Vázquez describe el socialismo³. Irma Cuña, en cierta medida, creía antes en la igualdad plena y compleja que en la hueca libertad del paraíso neoliberal. Podría decirse que en su pensamiento político, nunca del todo explícito, puede hallarse como una constante una fervorosa adhesión al igualitarismo. Entre la gente que más respetaba estaban los viejos socialistas democráticos de Neuquén a cuyo Club de Cultura solía asistir como oyente o para compartir sus reflexiones y búsquedas en las comarcas de la utopía. En suma, utopismo e igualitarismo fueron elementos constantes, aunque no del todo articulados, en la visión política de Irma Cuña. Pero hay más: puede decirse sin sombra de duda que Irma cultivó una enorme sensibilidad por la justicia: como quería José Martí, sintió en su propia mejilla cada golpe que el imperialismo daba a las mejillas de cualquier ser humano del mundo.

Se dirá que Irma no participó en política partidaria, que nada hizo para remediar las injusticias que la indignaban. Se dirá que sus acciones y sus presencias fueron ambiguas respecto de los partidos gobernantes. Algunos la acusarán de oportunismo, otros señalarán que sus principios flaquearon más de una vez, que su voz no se oyó en momentos decisivos. Quizá no muchos sepan cuánto le dolían sus propias contradicciones. Para que el dolor doliera menos se refugiaba en brazos de su Príncipe. El Príncipe maya le recordaba las profecías incaicas sobre el regreso de Atahualpa; le traía a la memoria los temibles y silenciosos machetes campesinos. Imaginaba escenas en las que se confundían las violencias míticas y las violencias divinas descritas por Walter Benjamin⁴. Así, llegaba a atisbar desde su imaginación poética la naturaleza distópica y utópica de las revoluciones. Y en esas contemplaciones se extasiaba y se quedaba en paz, por un ratito.

³ Véase Sánchez Vázquez, Adolfo (2003) “Ética y política”, en Boron, A. (comp.) *Filosofía Política Contemporánea. Controversias sobre civilización, imperio y ciudadanía*, Clacso, Buenos Aires, p. 284.

⁴ Véase Benjamin, Walter (1999) (1921) *Para una crítica de la violencia y otros ensayos*, Taurus, Madrid, p. 39 y ss.